Recensión

Un mundo de víctimas, edición de Gabriel Gatti. Barcelona:

Anthropos Editorial, 2017.

Silvia Pérez Freire

Universidade de Vigo

silviapf@uvigo.es

Se nos presenta una obra colectiva inusual, incómoda y poliédrica. Lo es, como su objeto de estudio. En su afán por conocer y mostrar las dimensiones de lo real respecto a la construcción de la identidad víctima recorreremos distintos planos del corpus social en el que emerge, se desarrolla y cristaliza la figura de una condición humana transnacional, universal y fluida. Por eso, antes de adentrarnos en textos que constituyen “el pensar” de una investigación profunda y prolífica (del que este libro es su producto) se expone en los primeros tres capítulos un marco (o contexto, como se prefiera) que nos ayuda a situarnos en lo que nos espera.

El primer texto (de Gabriel Gatti) es una presentación del objeto de estudio y de la propia investigación realizada (historicidad y desarrollo, así como su prospección) para pasar a lo que se ha denominado herramientas teóricas claves, que nos sitúan en el estado de la cuestión respecto a la conceptualización de la víctima y su memoria (pasado y actualidad según su impacto en el discurso social) y que nos da cuenta de esta categoría desde múltiples perspectivas circunvalando en: el daño y su marca, la ciudadanía y su vulnerabilidad, el relato sufriente y su memoria, la modernidad y su producción victimal, la identidad “comunal” y su pedagogía social. Un prisma en el que se muestra la simultaneidad de los hechos reales significantes de la identidad víctima y que para “ser” se niega (paradójicamente) a sí misma, ya que en el mismo momento en el que se produce el autorreconocimiento ya se estaría en condiciones de afrontar el proceso desde otra posición que la situaría en el inicio de la potencial desvictimización. Ello no implica su despolitización, como veremos.

Así, en esta primera aproximación al objeto de estudio se nos muestra las distintas y diversas dimensiones analíticas desde las cuales se abordará esta categoría: como si de un cuadro cubista se tratara, donde la descomposición no es sólo un proceso de comunicación artística, sino que es la manera de captar y mostrar la propia realidad: múltiple y, sobre todo, sincrónica. Es por ello que los textos que siguen son densos, difíciles, sin una aparente concordancia pero que constituyen un correlato que halla su significación después de la consecución de su lectura y que exige volver, volver con la mirada global aportada a la construcción fragmentada anterior y así tratar de situar lo inquietante y perturbador en un orden transformado, unificador. Parecido

proceso al que se cuenta con respecto a la propia cimentación socio-política de la figura de víctima. Y aquí comienza, entonces, sus mundos, supongo.

En el acercamiento a su exploración se plantea, en primer lugar, cuatro casos paradigmáticos (la víctima política, la víctima de violencia de género, la víctima de accidentes de tráfico y otras víctimas que no se encuentran institucionalizadas: bebés robados y del franquismo); seguidamente, se examina la respuesta de la administración ante la victimización organizada; también, la construcción jurídica de la identificación de sus derechos; la descomposición de la deuda moral implícita en su reconocimiento social y por último, la narrativa y representación de las víctimas en la cultura. Se trata de varios y diversos planos de análisis en donde se pretende conjugar una radiografía sociológica del tratamiento de la figura del sujeto damnificado en nuestra sociedad acompañado de la propia experiencia de los/as investigadores/as en este campo a lo largo de su trayectoria profesional, incluyendo el ámbito circunscrito al desarrollo del propio estudio del que se nutre la publicación.

Esta singularidad aporta inmersiones en la transferencia de contenidos de los que emanan claves de la significación de la persona víctima: a saber, desde la existencia de la doble victimización (la que ejercen las propias instituciones que la tratan) hasta la creación de una performatividad de su figura (un deber ser). En “El gobierno de las víctimas. Instituciones, prácticas técnicas y oficios que hacen (a) las víctimas” (Ignacio Irazuzta y Gabriel Gatti) se define que “No existe un aparato institucional unificado para el campo de las víctimas en España. Su tratamiento es singular, específico para cada tipo de víctima, dispuesto para un tipo de dolor particular” (p. 197), pero los profesionales tratan a la persona damnificada, asisten y ofician el ordenamiento del paso de la víctima por la institución, como indica Ramón Sáez Valcárcel en “La ley y la víctima”:

Lo que abre un campo de competencia y concurrencia entre ellas por la obtención de bienes escasos en forma de recursos materiales y simbólicos. Así se celebra y normaliza el proceso de alta selectividad en que se desenvuelve la actuación del poder punitivo: se eligen a las ‘buenas’, ejemplares, que se sobreexponen ante la opinión pública y se ocultan y se invisibilizan otras que resultan disfuncionales. (p. 59)

En “La víctima en escena: Una etnografía en los juzgados de violencia contra la mujer” (Gabriel Gatti, María Martínez y Sandrine Revert), los roles arquetípicos en los que se performa la buena víctima muestran, de forma categórica, que la representación en el uso de la palabra en el juicio (su centralidad y conveniencia en su utilización) es un elemento clave para su reconocimiento jurídico. Así constatan que,

La afirmación apunta al hecho de que, dentro del aparato, a la víctima y el agresor han de performar los roles que a ellos están destinados de antemano; actuar, en el caso de las primeras como *buenas víctimas* –esto es, plegarse a los mandatos de este espacio a riesgo de ser acusadas de hacer mal uso de los dispositivos puestos a su servicio– confirmando con ello aquello que se da por supuesto desde el comienzo: que la *mujer-víctima* existe. (p. 292)

Esta situación empíricamente contrastada empata con la representación cultural analizada en la última sección “Estética y lenguaje de las víctimas”: el uso de los claroscuros (transposición de lo bueno/malo y de la dicotomía totalizante verdad/falso), la expresión de lo barroco (símil del carácter emocionalmente excesivo) y la construcción del relato cultural a través de los films de éxito en la industria cinematográfica a través del proceso de transición de la víctima respecto a su propio autorreconocimiento hacia la heterodesignación social. Así, Jaume Peris Blanes en “Relatos culturales de la víctima” plantea que:

La cultura contemporánea se encamina, por tanto, hacia un espacio en el que la víctima aparece como una categoría nuclear en sus intentos de conceptualizar narrativamente la complejidad social. El problema es que ello se ve acompañado de un proceso de estandarización de la representación de la víctima independientemente de su particularidad. (p. 383)

Elemento este que forma parte del círculo vicioso en el que se instaura la figura de víctima: atrapada en la construcción de una expectativa social que se torna en preceptos que podrían estar orientando la acción individual (por no hablar de las interferencias en la edificación de la propia intersubjetividad). Algo que también tiene su plasmación en el conjunto de los dispositivos institucionales abordados anteriormente (jurídico-legales, administrativos, asistenciales y asociativo) en los que, a través de sus profesionales, se trata el daño sufrido. Estas personas expertas contribuyen a la institucionalización de la víctima, la sitúan en el espacio público y cooperan en la formación de su estatus: “el gobierno de las víctimas produce y reproduce categorías de percepción, formas de pensarse como sujeto víctima” (p. 207, en “El gobierno de las víctimas. Instituciones, prácticas técnicas y oficios que hacen (a) las víctimas”).

Teniendo esto en cuenta y desde las ciencias sociales, cabría preguntarnos:

¿El tratamiento de la universalidad de la víctima es el camino hacia el cual dirigimos? Esto es, ¿en su identificación se podría instruir la pedagogía social de la reconciliación y la resiliencia? El reconocimiento de la interiorización de su perspectiva, ¿podría ser este un elemento analítico más desde el cual se observa la realidad social? Esto significaría, en primer lugar, la admisión de otros parámetros de reflexión racional y/o bienpensante, y con ello, podríamos encaminarnos hacia lo que podría constituirse como una “auténtica ética de las víctimas” (p. 339, en “Inocencia y reconocimiento”, Galo Bilbao Alberdi).

Con este trabajo es posible que se esté inaugurando el proceso constituyente de las potenciales respuestas a estas preguntas en las que estimo insoslayable incorporar la perspectiva de género, algo no abordado. ¿Por qué? Seguramente derivado de la incomodidad que esto conllevaría sobre la ya pesada carga de otras aparentes contradicciones sociales en las que se ha constatado se están incurriendo: ¿se puede construir comunidad desde una identidad esencialmente negativa?, ¿es posible una pedagogía social de la reconciliación desde la proyección del dolor? o ¿la perspectiva de género anularía la universalidad de la víctima?

Tengo claro cuál sería mi respuesta en estos momentos a estas cuestiones pero voy a dejarlas abiertas para proponer un pequeño ejercicio reflexivo. Para ello es necesario evocar un concepto abordado en “La víctima y la cultura barroca” (Josebe Martínez y David Casado-Neira), que creo representaría perfectamente la posición en la que podríamos encontrarnos respecto al objeto de estudio y el tratamiento que la “modernidad” está teniendo sobre él. Se trata del denominado trampantojo “la trampa ante el ojo” (p. 359). Esta técnica estética que intenta engañar a la vista jugando con el entorno arquitectónico (real o simulado), el uso de la perspectiva u otros efectos ópticos y/o de fingimiento consigue una realidad “intensificada” o sustitución de la misma. Originariamente utilizada en los murales pictóricos, se está aplicando actualmente en otras artes escénicas, fotografía, teatro u otros campos más mundanos (decoración de interiores, gastronomía). En el caso que nos ocupa, podríamos decir que el trampantojo podría representar la parábola social de la víctima contemporánea en el escenario público. En otras palabras, en el marco social de la verosimilitud y el reconocimiento se está construyendo una identidad de víctima efectista, deformada y que lleva a la instrumentalización de elementos que han contribuido a su autorreconocimiento intersubjetivo (dolor, trauma, vulnerabilidad) pero que en nada ayudan en su heterodesignación social (comunidad, pedagogía y superación de su resistencia a los distintos sistemas de poder de los que ha percibido el daño). Bien es cierto que esto podría ser un producto del tipo de sociedad en la que está inmersa: inmadura en el ejercicio de la ciudadanía, cobarde a la hora de afrontar sus disfunciones y poco generosa en el tratamiento de sus disidencias o subalternidades. ¿Cómo si no se puede confundir que constituirse en sujeto pasivo-de-la-acción del victimario pueda tener algo que ver con la cualidad pretendidamente atribuida a la víctima de “pasividad”? o ¿qué la inocencia esté reñida con la ejemplaridad? Es tal el nivel de deformidad existente que la arquitectura jurídica (como sistema social) se ha convertido también en el instrumento perpetrador de esta distorsión, de este trampantojo. ¿Cómo sino se puede transferir/sustituir las realidades/ identidades de víctima-y-victimario?, lo cual ya no estaríamos ante un exabrupto efectista de un trampantojo sino ante el más absoluto de los ilusionismos, no exento de producción científica, seguramente.

Recordemos algo fundamental en una clave relevante respecto a la construcción sociocultural de la figura de la víctima y que es la vulnerabilidad, la social. Esta condición no es inherente a la persona (sea cual fuere su situación) sino que interpela más a la capacidad de incidencia del estado, con sus normas y sus prácticas sistemáticas, que definen una situación de mayor o menor vulnerabilidad de las personas según el tratamiento que realice sobre estas. Podríamos conceptualizarlo como un efecto producido por el *quantum* de violencia institucional ejercida desde el poder para mantenerse como tal. Esta transferencia de responsabilidad (que parece menos real que la simulada) es esencial en otros planos de significación para poder llegar a lo que podríamos denominar una nueva reconversión de la víctima que haría posible o plausible su verdadero empoderamiento: respeto a su memoria y encarnación de la marca como

resistencia al poder (sea cual fuere su procedencia: estado, varón violento, institución religiosa, etc).

La conjugación de “Víctimas de raíz política (las dueñas del campo y del nombre)” (Gabriel Gatti) y “Las víctimas en la escuela vasca: iniciativas políticas para una ‘educación sentimental’” (Ignacio Irazuzta, Silvia Rodríguez Maeso y Adriana M. Villalón), dedicado el primero a las víctimas hegemónicas, y el segundo hacia el trabajo de la re-construcción de su figura a través del Programa de Víctimas Educadoras podría ser un buen comienzo en la dirección hacia una ética de la víctima universal aunque sugeriría algunos matices. En el segundo se expone que:

Se trata de instituir una comunidad moral basada en el reconocimiento de la humanidad común como instancia pre-política. Así, la puesta en escena de las víctimas tiene que lograr el *equilibrio* y la *equivalencia* entre los “diferentes tipos de violencia” [...]. Por eso, no importa el origen de la violencia, no interesa la marca política de cada víctima. El programa tanto en la fase de formación de las víctimas como en su desarrollo, cuando la víctima, ya víctima educadora, va a alguno de los colegios que participan de él, se concentra en educar moralmente a través de la exposición del sufrimiento, sin apellido ni marcas de origen. Solo eso, dolor encarnado (y controlado), relato de superación (homologado), sin marca diferenciadora. (p. 326)

Los matices tendrían en cuenta lo apuntado con anterioridad, a saber: esta acción que es necesariamente política (¿cómo no serlo?) ya que es en la res pública donde la categoría adquiere su pretendida dimensión universal, la pedagogía social vendría de la mano de esa educación moral (equilibrada y equivalente) proyectada desde la autoridad de haber sido víctima pero en la que percibo innecesaria tanto la exposición del sufrimiento como el hecho de manifestar la pertenencia al estatus (la situación definirá la incumbencia o no de hacer referencia a ello pero por otras razones directamente vinculadas al ejercicio de la propia libertad de nombrarlo, que entiendo no debería estar reñido con la solidez del relato paradigmático creado). Trabajaríamos así hacia una reconversión de la categoría vinculada a una justicia social reparadora en ambas direcciones sin generar más daños colaterales. La centralidad y la vieja consideración del agotador estatus de constituirse como víctima prototípica según el tipo de violencia padecida, se reformularía y se transformaría en una pedagogía encarnada en la resignificación individual y colectiva... esencialmente social. Su presencia ya es relato, sin más (aunque no se vea, aunque no se sepa). Pero quizás esto apunte también hacia otros mundos.